

Michel Lussault, 2015. El hombre espacial. La construcción del espacio humano. Primera edición en español por Amorrortu Editores, Buenos Aires, p. 346. ISBN 978 950 518 260 2

Marco Antonio Aguirre

Asistente de investigación Grupo Territorios, Departamento de Geografía, Universidad del Valle, Cali, Colombia
geografia.777@gmail.com

Para citar este artículo: Aguirre, M. (2020). Reseña del libro El hombre espacial. La construcción del espacio humano, de Michel Lussault. *Entorno Geográfico*, (19), 137-140. doi: 10.25100/eg.v0i19. 9593

En las últimas tres décadas Michel Lussault ha dedicado su vida académica entorno a la comprensión del espacio social, la manera en la cual se producen dichos espacios, así como en el entendimiento de aquellos elementos externos que operan como fuerzas (naturales y antrópicas) dinamizadoras de su producción y configuración. El autor presenta este libro como un aporte renovado a las diversas formas de conocimiento indicando la pertinencia de lo que significa ser y estar en el mundo bajo las características y atributos geográficos del espacio social.

Para el autor, el espacio como concepto comprende “un conjunto de relaciones en todos sus aspectos materiales e ideales, establecidas por una sociedad, en un tiempo dado, entre todas las diferentes realidades sociales” (Lussault, 2015:51). De esta forma, el autor se posiciona desde un enfoque integral –con énfasis en las ciencias sociales- para referirse a la semántica del espacio. Los aportes del autor sobre el espacio conllevan al deleite de perspectivas otras que difieren de los postulados clásicos sobre el tema.

Lussault empieza la introducción de su libro narrando dos acontecimientos significativos en la historia de la humanidad. El primero, asociado al tsunami que produjo el movimiento tectónico de 9 grados en la escala de Richter, el 26 de diciembre de 2004 sobre el litoral indonesio. Evento natural que dejó a su paso miles de personas desaparecidas y otros cientos muertas, así como innumerables pérdidas económicas, cambios en las rugosidades de la superficie terrestre y transformaciones culturales referente a las formas de hacer turismo en las costas del sur de Asia. Estos elementos facilitan al autor la descripción de cómo una serie de eventos se concatenan espaciotemporalmente hasta lograr configurar nuevas geografías en diversas escalas (va del campo del lugar hasta el sistema mundo).

El segundo relato gira en torno a los hechos ocurridos el 1 de diciembre de 1955 en Montgomery, Alabama (Estados Unidos). La trama es sobre Rosa Parks. Trabajadora de color que se niega a ceder su asiento en el ómnibus que, con frecuencia, ella, acostumbraba a abordar



después de largas horas de trabajo como costurera. Este hecho espacial aviva una serie de movimientos políticos en contra del racismo en los Estados Unidos al tiempo que produce y configura nuevas expresiones espaciales sustentadas en el cuerpo, los imaginarios colectivos e individuales, la lucha por los lugares y, por supuesto, los conflictos asociados a las localizaciones.

Con este ejemplo, el autor, deja en evidencia que las prácticas espaciales y, en general, el comportamiento en el espacio no son actos pasivos de la naturaleza humana y su cultura. Todo lo contrario, dichas cualidades de la existencia y la espacialidad dibujan, desdibujan y definen relaciones claras de poder en la cotidianidad de las luchas por el espacio.

En ambos relatos el autor deja claro el papel de significancia política, social, económica, cultural, ecológica y planetaria que adquiere el espacio social en sus tres dimensiones: 1) la espacialidad humana, 2) la producción y configuración de nuevos espacios y, 3) las prácticas espaciales en la sociedad. Ambos relatos permiten a Lussault explicar desde la cotidianidad la manera en la cual el espacio debe ser considerado un elemento relevante en los diversos campos del saber, del conocer y del vivir.

En ese sentido, el libro *El hombre espacial: la construcción social del espacio humano*, cuenta con tres apartados: primero, el espacio de las sociedades; segundo, hacer con el espacio; y tercero, variaciones geográficas sobre el tema de lo urbano.

En el primer apartado, Lussault expone qué se entiende por espacio en su obra y aquellos atributos o elementos necesarios para comprender el espacio social, el comportamiento en el espacio y las prácticas espaciales. Entre los elementos se destacan los siguientes:

a) la escala geográfica, la distancia y la localización en los procesos de producción del espacio y en la espacialidad humana; b) el papel de las distancias, la técnica y las tecnologías en la producción de espacios y definición de comportamientos espaciales; c) la noción de espacios materiales, mentales y vividos (a los cuales el autor denomina como espacios híbridos); d) el lugar, a partir de autores como Doreen Massey y sus aportes sobre el poder social en la configuración de los lugares; e) la noción de área, destacando elementos topológicos y topográficos, así como la noción de Red, nodos y circuitos, tomando autores como Piter Sloterdijk y su propuesta filosófica sustentada en la esferología; f) y, finalmente, la idea de paisaje y territorio. Estas últimas categorías se abordan a partir de autores como Yves Lacoste, Augustin Berque, Gilles Deleuze, Félix Guattari y Marc Augé.

La idea central en su primer apartado es conocer qué es el espacio, qué es la espacialidad y cómo se definen las prácticas espaciales humanas a partir de cada uno de los atributos espaciales. Por supuesto, aunque el autor no logra abarcar un importante número de autores para sustentar sus ideas, sí logra transmitir la esencia primordial de los conceptos

enmarcados como categorías del estudio espacial.

En el segundo apartado, Lussault desarrolla la noción de lo que él denomina operadores espaciales y su capacidad de configurar y reestructurar nuevas geografías, así como la capacidad de producir conflictos (socioespaciales, ecológicos, ambientales, entre otros). Esta idea permite comprender, tal cual lo plasmaron Milton Santos, David Harvey, Henri Lefebvre y Edward Soja en su momento, que existen fuerzas (el capital y el Estado principalmente) capaces de producir, configurar y reconfigurar diversas geografías.

Entre los operadores se distinguen dos: naturales (obedecen a fuerzas biofísicas) y los humanos (acciones circunscritas en ejercicios de poder por el control supremo del espacio y las prácticas espaciales). No obstante, el centro de su interés radica en la necesidad de entender que los operadores son capaces de transformar en su máxima expresión cada uno de los atributos del espacio (escala, localización, lugar, distancia, red, nodo, etc.) al punto de producir nuevas y complejas geografías.

Lussault concluye este segundo apartado con una idea clave “el dominio espacial” (Lussault, 2015: 246). Representa una síntesis bien elaborada y sutil en cada detalle: todo un trabajo de filigrana espacial. El autor plantea que los operadores espaciales con mayor capacidad de transformación de las rugosidades terrestres y de la vida en el planeta son los seres humanos con su

cultura (sustentada en el control y el dominio espacial).

En ese sentido y, desde el pensamiento espacial del autor, la geografía contribuye notoriamente al entendimiento de los conflictos entre humanos y humanos no humanos al evidenciar la manera en la cual los conflictos se configuran en la esencia de las disputas asociadas con la localización, el juego de las escalas (topográficas y geográficas), el desplazamiento, movimiento, los lugares y las distancias.

La clave para comprender la configuración de los conflictos en perspectiva espacial se basa en la siguiente noción: en la lucha por el dominio espacial los seres humanos transforman su anclaje espacial material, es decir, las rugosidades de la superficie terrestre (aquellos elementos físicos y biofísicos). Esta postura se enmarca en la idea que plasma David Harvey sobre la base de que las acciones espaciales están inmersas en

Para lo anterior, Lussault expone una serie de ejemplos tomados de la vida cotidiana en diversas partes del planeta.

La tercera parte del libro aborda las cuestiones geográficas sobre el tema de lo urbano. En ese sentido, el autor se apoya en el pensamiento crítico para describir las transiciones espaciotemporales y el rol de los diversos operadores espaciales humanos (fuerzas de producción espaciales) que han permitido la configuración y materialidad de la idea de urbanidad en el mundo. En sus aportes radica una crítica a las formas de concebir y materializar las ciudades (la clave radica

en la producción de desigualdades espaciales, sociales, ecológicas, culturales y políticas), en parte por no concebir una imagen espacial crítica respecto a los sistemas ideológicos y económicos en los cuales se fundamenta la noción de urbanidad.

En la esencia de su crítica, Lussault, toma elementos de Henri Lefebvre, Melvin Webb y Françoise Choay para desenmascarar, a través del pensamiento espacial, las diferencias entre la ciudad y la urbanidad, así como las desigualdades espaciales que suscitan estas formas de materialidad en contextos neoliberales de la economía global. Se revive el debate histórico y político sobre aquellos elementos que configuraban espacial y temporalmente la ciudad de aquellos que definen y producen lo urbano y su urbanidad.

Lussault ejemplifica la manera en la cual se podría abordar y entender los atributos espaciales como escala, lugar, localización, distancia, recorridos, red,

nodos, etc., en el marco de la urbanidad neoliberal. Cada uno de sus postulados abre caminos de pensamiento para que otras formas de conocimiento (formales y no formales) contribuyan al tiempo que se interesen por el tema de la espacialidad humana y sus efectos en la totalidad de la vida (algo parecido a la dualidad cultura – ecosistemas o naturaleza - sociedad).

Como profesional interesado en la espacialidad humana, los modos de producción espacial, así como las prácticas y comportamientos en el espacio de los seres humanos, debo decir, de entrada, que el libro de Michael Lussault ofrece una mirada renovada sobre el objeto de estudio de la geografía actual, al tiempo que deja en cada una de sus palabras la necesidad por exhortar una visión apremiante y crítica del papel del espacio social en la vida cotidiana y, por ende, de lo que significa habitar y estar en el mundo. Es sin duda, un aporte necesario para pensar el giro espacial en cada uno de los aspectos ligados a las formas otras de conocimiento.